



EVANGELISMO DE COSECHA presenta
La Escuela de Transformación
con Edgardo Silvano

LECTURA para Semana 5:

EVANGELISMO DE ORACION SEGÚN JESUS

Capítulo 2 del libro **EVANGELISMO DE ORACION** por Edgardo Silvano

Usado con permiso del autor



Antes de que seamos capaces de cambiar el clima espiritual que impera en nuestras ciudades, es preciso que tengamos conocimiento práctico de una de nuestras herramientas primarias: el evangelismo de oración. Presenté el concepto de evangelismo de oración en ***That None Should Perish [Que ninguno perezca]*** en 1994, pero desde entonces hemos aprendido mucho en el frente de batalla aprovechando esta poderosa arma. Varios años de trabajo codo a codo con pastores y líderes en ciudades de todo el mundo han contribuido tremendamente a enriquecer la comprensión inicial que teníamos de este concepto.

Para decirlo de una manera simple, evangelismo de oración es hablar con Dios acerca de nuestros vecinos antes de hablar con nuestros vecinos acerca de Dios. Esta definición, adoptada por Beverly Jaime, nos ha ayudado a tranquilizar a miles de cristianos que tienen el deseo genuino de testificar a los perdidos pero se sienten incompetentes o temerosos de anunciar el evangelio con ellos.

Conozco muy bien esa sensación de incapacidad; me solía atormentar cuando era un cristiano muy nuevo. Poco tiempo después de mi conversión, un evangelista que estaba de visita en nuestra iglesia, anunciaba golpeando el púlpito: “¡Nadie debería escuchar el evangelio dos veces hasta que todos lo hayan podido escuchar una vez! De manera que, como todos ustedes lo han escuchado más de una vez, yo no les predicaré. En lugar de eso, los organizaré en grupos de a dos para que vayan a testificar puerta por puerta a aquellos que aún no lo han oído”. En ese momento el pánico se apoderó de mí, me hallé deseando, tontamente, que un terremoto, un tornado, una inundación, o cualquier catástrofe natural alcanzara nuestra ciudad con tal de que yo no tuviese que salir a testificar a personas desconocidas.

¿Por qué esta reacción tan negativa? No es que no deseara hablarles del Señor, sino que tenía temor de entablar una conversación con gente a la que no conocía. Yo era una persona tímida, de modo que aunque hubiera logrado reunir el coraje suficiente para intentarlo, el temor al rechazo me habría inmovilizado de todos modos.

Finalmente resultó que no hubo ni una inundación ni un terremoto para aliviar mi ansiedad. Comencé entonces a anhelar fervientemente que la persona con la que me tocara salir a testificar fuese un individuo vivaz, encantador y conversador, alguien al que yo pudiera decirle: “Evidentemente tú tienes el don y la unción para el evangelismo puerta a puerta. Acércate tú a las personas y háblales, y yo me

Disponible en la
Librería Transformar
libreria@edcargentina.com

mantendré discretamente detrás de ti para orar por ambos”. Pero no ocurrió de esta manera.

Aunque era penosamente vergonzoso, mis pares siempre me habían considerado un líder (un líder tímido, pero líder no obstante). Hasta donde yo puedo recordar, siempre se ha esperado que liderara. De manera que, bajo la mirada atenta del fogoso evangelista, mi pastor me dijo: “Ed, vamos a ponerte en equipo con un cristiano más joven para que tú puedas mostrarle como se hace”. ¿Yo? ¿Mostrarle a otro cómo hacerlo? ¡Ni yo mismo sé cómo testificar! Pero muy pronto me hallé junto a mi joven a cargo acercándonos a una puerta que para mí se asemejaba a la entrada a una guarida de leones.

Bajo la mirada llena de admiración de mi alumno, golpeé la puerta lo más suave posible, deseando fervientemente que no hubiese nadie en casa. Se escuchaban pasos acercándose, y yo anhela que fueran los de un niño de no más de tres o cuatro años, para que pudiese sentarme con él y hablar por espacio de una hora mientras las otras personas de nuestra iglesia visitaban el resto de la cuadra. ¡Estaba tan avergonzado de mi cobardía! El temor y la vergüenza resultan una combinación letal para un evangelista aspirante. Aun cuando yo deseaba hacer grandes cosas para Dios, me sentía amenazado ante la perspectiva de tener que presentarles el evangelio a personas desconocidas.

Sin embargo, todo eso cambió el día que descubrí el dinámico principio bíblico del evangelismo de oración.

Evangelismo de oración en cuatro pasos sencillos

En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa... En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios (Lucas 10:5, 8, 9).

Los principios del evangelismo de oración se enseñan en varios lugares en la Biblia, pero el modelo más completo se encuentra en este pasaje. Esta es la única ocasión en los Evangelios en que Jesús explica en detalle un método evangelístico. Nos insta aquí a que hagamos cuatro cosas por los perdidos:

1. Declarar paz sobre ellos. **(Bendecir)**
2. Tener comunión con ellos. **(Tener Comunión)**
3. Ocuparnos de sus necesidades. **(Ministrar)**
4. Proclamar las buenas nuevas. **(Proclamar)**

El primero de estos cuatro pasos abrirá la puerta al segundo paso y así sucesivamente. Es muy importante que comprendamos que estos escalones están interconectados y que, para ser eficaces, se deben implementar en el orden dado. También veremos por qué esto es así. Este método de cuatro pasos resultó ser tan exitoso que muy poco después de que Jesús se los enseñara a sus discípulos, multitudes llegaron a creer en Jesús y los demonios se rindieron en masa ante un

manejo de evangelistas principiantes. Desafortunadamente, estos no son los resultados que vemos hoy en día cuando evangelizamos. ¿Cuál es el problema? En vez de seguir el método de cuatro pasos de Jesús, invertimos el orden para comenzar con el último paso, testificar, y nos salteamos la bendición, la comunión y el ocuparnos de ellos; pasos que deben preceder a las buenas nuevas. En la mayoría de los casos, este método no funciona.

Tocamos una puerta motivados muchas veces por la culpa o como en mi caso, por la presión. Si esa puerta se abre unos centímetros, logramos tres minutos de atención renuente. ¡Pero desperdiciamos dos minutos y medio explicando la diferencia que existe entre nosotros y los Testigos de Jehová!

¿Por qué motivo deberían las personas de esa casa creer que nosotros, unos completos extraños, nos vamos al cielo mientras ellos se encaminan al infierno? ¿Por qué deberían creer que la Biblia es la palabra de Dios? Para ellos, la Biblia no presenta ninguna diferencia con el libro Mormón, los dichos de Buda o de Mao. ¿Qué credibilidad nos avala para pretender que crean cualquier cosa que digamos? Para tener credibilidad es necesario que se dé un proceso. Aquí es donde aparece el evangelismo de oración.

El comienzo del proceso prescrito por Jesús nos insta a convertirnos en pastores de las personas que se encuentran en nuestro ámbito de influencia. Quizás ellas no sean conscientes de que somos sus pastores, pero nosotros sí debemos saber que son nuestras ovejas. Tenemos que comenzar por ocuparnos de ellas. Esta actitud es el centro de la estrategia de Jesús.

Es preciso hacer la paz con los perdidos

El método de evangelismo de Jesús nos insta a que primeramente declaremos paz sobre los perdidos. Esto es importante por al menos tres motivos:

Razón 1: Necesitamos declarar paz porque nosotros, como cristianos, Hemos estado en guerra con los perdidos. Muy a menudo la bandera bajo la que nos hemos acercado a los que no son salvos en este mundo ha sido: “Arrepiéntete o arde”. Desafortunadamente tenemos una tendencia a sentir un fuerte desagrado por los pecadores, y esto muy pronto les resulta evidente. Nuestras actitudes belicosas no le hacen ningún favor a Jesús, que en sus días en la tierra se alegraba de ser conocido como amigo de pecadores. Si Jesús es amigo de ellos, nosotros no podemos constituirnos en sus enemigos.

Me percaté de mi propia beligerancia hacia los perdidos la primera vez que traté de implementar la estrategia de Lucas 10 en nuestro barrio. En vez de reclamar las promesas de Dios para tratar con los problemas que yo veía en las vidas de mis vecinos, le hablé a Dios respecto a todo lo que estaba mal en la vida de ellos. Me dirigí a Él lleno de indignación respecto a la madre soltera y como ella tenía que cambiar porque era un muy mal ejemplo para mis hijas. Le exigí que hiciera algo con la pareja que nos mantenía en vilo por las noches

con sus discusiones y peleas. Me quejé por la vecina depresiva que poseía un jardín vergonzoso que desvalorizaba las propiedades de la cuadra. Y por supuesto no me olvidé del jovencito drogadicto. Le expliqué claramente al Señor lo perjudicial que resultaba este muchacho para nuestro barrio.

De repente, sentí que Dios me decía: “Ed, cuánto me alegro que no les hayas testificado a ninguno de estos todavía”.

Sorprendido le pregunté, “Señor, ¿por qué?”

Su respuesta fue muy aleccionadora: “Porque no quiero que tus vecinos sepan que tú y yo estamos emparentados. A mí me duele lo que a ellos les duele. Yo les extiéndiendo mi mano. Constantemente les extiéndiendo mi gracia. Yo soy el Dios que hace que el sol se levante de igual manera sobre justos e injustos. Yo los amo. Pero tú no los amas. A ti te molestan. En vez de salir en su defensa como su abogado, actúas como un testigo de la fiscalía, o como el propio abogado querellante”. Luego me reprendió diciendo: “Ed, si tú no los amas, yo no puedo confiarte sus vidas”.

Allí mismo, en la vereda de mi propio barrio, sintiendo tremenda convicción del Espíritu Santo, clamé al Señor pidiendo un corazón que fuera más parecido al suyo.

Predicar la verdad sin amor es como darle un buen beso a alguien cuando tenemos mal aliento. No importa que tan bueno sea el beso, ¡lo único que recordará la persona que lo ha recibido será el hedor! Esto es lo que ocurre cuando, enojados o llenos de indignación, les decimos a los perdidos lo terrible y depravada que es su vida, y que con toda seguridad se irán al infierno. Aun cuando esto pueda ser verdad, nuestro enfoque negativo bloquea y distorsiona el mensaje central de la Biblia: que Dios envió a su Hijo, no a condenar el mundo, sino a salvarlo (véase Juan 3:17).

Razón 2: Si bendecimos a los perdidos, dejaremos de maldecirlos. No nos damos cuenta cuan a menudo maldecimos a otros, de lo contrario dejaríamos de hacerlo. Cuando decimos: “La señora de enfrente de casa es una borracha, se va a morir de cirrosis”, la estamos maldiciendo. Cuando señalamos a los adolescentes descontrolados y nos quejamos: “Son un fastidio y unos imbéciles que beben y manejan, que experimentan con drogas, así se van a matar en cualquier momento”, los estamos maldiciendo. Cuando pronunciamos bendiciones sobre nuestros vecinos, nuestra ciudad se engrandece (véase Proverbios 11:11). Pero cuando maldecimos a nuestros vecinos, trastornamos la ciudad, comenzando por la cuadra en la que vivimos.

Razón 3: Declaramos paz para neutralizar a los demonios a los que se les ha asignado la tarea de cegar a nuestros vecinos para que no perciban la luz del evangelio. La Biblia explica claramente el motivo por el que todas las personas en nuestro ámbito de influencia aún no han llegado al Señor: “el dios de este siglo [el diablo] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio” (2 Corintios 4:4). Esto significa que el diablo los ciega activamente,

porque la luz no se puede bloquear de manera pasiva. Como Satanás no es omnipresente, no puede estar en más de un lugar a la vez, entonces, ¿cómo logra cegar las mentes de millones de personas simultáneamente? Utiliza a los demonios tal como se observa en la parábola del sembrador; allí se nos dice que después de que se planta la semilla, las aves del cielo (que representan al diablo y sus fuerzas) vienen y se la roban (véase Lucas 8:5, 12).

El apóstol Pablo coloca la tarea de abrir los ojos de los perdidos directamente sobre nuestros hombros, dentro de un contexto de evangelismo y guerra espiritual:

... Te envío a éstos para que les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios (Hechos 26:17-18a, NVI).

Pablo no deja lugar a dudas respecto al rol activo de Satanás y sus demonios para cegar a los perdidos para que no vean la luz del evangelio. Por lo tanto, es preciso que conozcamos de qué manera deshabilitar el poder demoníaco sobre aquellos que estamos tratando de alcanzar.

Para ser eficaces al tratar con nuestros enemigos espirituales, no podemos cederles poder acercándonos a los perdidos con cólera. La Biblia es clara al enseñar que nuestro enojo sin resolver da lugar al diablo dentro de nuestro ámbito de influencia (véase Efesios 4:26-27). Nuestras maldiciones solo fortalecerán el poder demoníaco sobre aquellos a los que estamos tratando de salvar. Para revertir esta situación, debemos renunciar a nuestra ira y comenzar a declarar paz a los perdidos.

Las bendiciones son más poderosas que las maldiciones porque las maldiciones se pueden romper. En el partido de poker celestial, una mano de bendiciones siempre le gana a una mano de maldiciones. Una atmósfera de bendición debilita el poder de los demonios, y muy pronto dejan sus cartas y se retiran de la mesa de juego.

Paz tangible

Cuando declaramos bendición sobre aquellos que se encuentran en nuestro ámbito de influencia, tarde o temprano las personas que solían evitarlos comenzarán a buscarnos, abriendo la puerta para que tengamos comunión con ellos (segundo paso de este proceso). Esto ocurre porque realmente pueden sentir las bendiciones que hemos proclamado sobre ellos. Jesús describe este tipo de paz como algo casi tangible:

Primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él, y si no, se volverá a vosotros (Lucas 10:5b-6).

Es posible que nuestros vecinos se acerquen a nosotros y digan algo como: “Cuando te veo pasar, siento buena vibra”. Eso significa paz en la jerga de la Nueva Era. Y lo que quieren decir es que en tu presencia

sienten algo tangible, ¡y les gusta!

Una señora cristiana en Inglaterra no había podido conocer a su vecina que estaba postrada en cama debido a una grave enfermedad. Sin embargo, cada jueves ella y otras mujeres creyentes declaraban paz sobre ella desde su casa del otro lado de la calle. Esto continuó durante varios meses hasta que un día, sorprendentemente la mujer no creyente apareció con sus hijos en la puerta de la casa de la mujer cristiana.

Le dijo: “He venido a agradecerte por las bendiciones que me enviaste, porque gracias a esas bendiciones, yo estoy sana”. Sorprendida, la mujer cristiana le preguntó como se había enterado de las bendiciones. “Bueno, las sentía venir cada semana. Por favor cuéntame más sobre esto”. Así que no hubo ninguna dificultad en conducir a esa señora y sus hijos a Cristo.

Si accidentalmente me interpongo delante de algún vehículo en la autopista, a menudo puedo sentir las maldiciones silenciosas del otro conductor, aunque él no haga ningún gesto obsceno ni toque su bocina con furia. Lo siento primeramente en la nuca y luego en mi interior porque “el clima de mi alma” recibe el efecto negativo. Si un hijo de Dios es capaz de sentir una maldición activada por los poderes de las tinieblas, ¿cuánto más sentirán los perdidos la bendición que viene con el poder de la sangre que vertió Jesús en el Calvario? Es por esto que cuando bendecimos a nuestros vecinos, ellos comienzan a acercarse porque se sienten bendecidos. Los pecadores amaban estar cerca de Jesús simplemente porque había algo en Él que los atraía. Nuestros vecinos deberían sentir lo mismo respecto a nosotros, ya que somos sus representantes en la tierra (véase Lucas 10:16).

Comunión bilateral

Una vez que hayamos roto el hielo con nuestros vecinos, no nos apresuremos a transmitirles el evangelio. La comunión es el próximo paso, no la proclamación. Si hemos invitado a cenar a estos pecadores que anteriormente teníamos descuidados, no les tendamos una emboscada con las cuatro leyes espirituales entre las hamburguesas y la tarta de manzanas. Seamos pacientes. Quizás nos preguntes, ¿de qué vale tener comunión con los perdidos si no vamos a predicarles el evangelio a ellos? La comunión nos da una buena oportunidad para demostrar aceptación incondicional al recibir a nuestros vecinos tal como son en vez de cómo quisiéramos que fuesen.

Muy a menudo, nos mostramos decididamente poco cristianos en nuestra interacción con los perdidos, en especial con los pecadores calificados, aquellos de potencia industrial. Apenas los soportamos, y dejamos bien en claro que no vemos la hora de que cambien y se parezcan más a nosotros. Esta es una actitud destructiva que no corresponde a Cristo ni a su Reino. Para modificar esta conducta, debemos pasar tiempo con nuestros vecinos, no para ser condescendientes y tratar de convertirlos sino para recibir de ellos: “Y posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den...” (Lucas 10:7). Jesús nos instruye a comer y beber todo lo que nuestros vecinos nos inviten. Su modelo de evangelismo insta a una comunión bilateral,

enfaticando el recibir más que el dar unilateralmente.

Uno de los peores errores que cometemos cuando evangelizamos es desvalorizar a los que no son salvos como si no tuvieran ningún valor por el hecho de no ser cristianos. Además de ser incorrecta, esta actitud también es muy degradante y solo logra ensanchar la brecha entre ellos y nosotros. Peor aún, agranda el abismo que existe entre ellos y Jesús, al que representamos.

Jesús siempre trataba a los pecadores con respeto. Cuanto peores eran los pecadores (Zaqueo o la mujer adúltera) a menudo mayor era la dignidad con la que los trataba. De manera que nunca deberíamos relacionarnos con los perdidos como si fueran personas carentes de valor. No importa cual es su calificación como pecadores, los perdidos siempre tienen valor como seres humanos porque *fueron hechos a la imagen de Dios*.

La comunión bilateral nos indica la dirección correcta. Cuando permitimos que los no creyentes hagan algo por nosotros, afirmamos su valor y dignidad como creación y diseño de Dios. En el tiempo de Jesús, la costumbre era ofrecer comida y albergue a las visitas, aunque fueran desconocidas. Hoy en día, jugar un partido de fútbol, reunirse para comer, trabajar juntos en algún proyecto de fin de semana u organizar una feria americana en el garaje entre varias familias, nos permite tener a nuestros vecinos cerca para declarar bendición sobre ellos.

La pesca requiere paciencia

Bendecir a los pecadores abre la puerta a la comunión, y la comunión finalmente nos lleva al tercer paso: la oportunidad de brindar respuesta a sus necesidades. Esto solo va a ocurrir después de que confíen en nosotros lo suficiente como para revelarnos sus necesidades.

Una vez que existe esta confianza, quizás nos confíen que su matrimonio aparenta ser saludable en la superficie pero por dentro se está pudriendo. Tal vez nos hablen de su temor a perder el trabajo o busquen nuestra ayuda para tratar con alguna adicción que no pueden vencer. Aquellos vecinos antes distantes, comenzarán a abrirnos su corazón porque presienten que tenemos una respuesta para darles. Y pedirán nuestra ayuda porque ahora tienen pruebas tangibles de que verdaderamente son importantes para nosotros.

Es en ese preciso momento que les podemos decir: "He estado orando por ti, y con mucho gusto oraré por esto también". Es posible que pensemos: ¿No deberíamos guiarlos al Señor primeramente? Sin embargo debemos comprender que lo que nuestros vecinos nos transmiten en ese momento es su necesidad más imperiosa, en otras palabras, su necesidad más profunda. Obviamente que la necesidad más importante es la salvación, pero ellos todavía no lo saben.

No obstante, a través de sus carencias más hondas, Dios crea una avenida para mostrarles que Jesús realmente es amigo de los pecadores y que Él vino a salvarlos y no a condenarlos.

¿Y qué pasa si oro y no sucede nada?, podremos preguntarnos. No quiero que se dañe la reputación de Dios. Si insistimos en tener la certeza de que Dios va a responder antes de decidirnos a orar, nos

estamos equivocando. Nosotros solo debemos prometer oración, no una respuesta a la oración. La oración es el rastro más tangible de la eternidad en el corazón humano. Cuando oramos por sus necesidades, llegamos con nuestros vecinos al nivel más profundo, al nivel del corazón. Esto es lo más cerca que podemos llegar. Tarde o temprano ellos lo percibirán. Seamos pacientes. Aun el pescador más experimentado no puede obligar al pez a morder el anzuelo.

Nuestro temor a arruinar la reputación de Dios a causa de las oraciones no respondidas es infundado ya que los no creyentes, aun en el nivel más rudimentario, jentienden la oración mejor que nosotros! Saben que están metidos en un problema para el que no tienen ninguna solución. Sospechan que alguien más grande y más poderoso tiene la respuesta, pero no saben cómo llegar a él. Es por eso que ofrecer oración en un momento de crisis siempre es bienvenido, porque establece una conexión entre estos dos puntos en sus mentes.

Supongamos que tenemos un problema que solamente el presidente de los Estados Unidos puede solucionar. Él es la persona que posee el poder y los recursos para resolver nuestro dilema, pero no conocemos al hombre, y él tampoco nos conoce. No tenemos idea de cómo comunicarle nuestra necesidad. Entonces, en la hora de mayor desesperación, alguien nos comenta que tiene un muy buen amigo que justamente es el jefe del equipo de limpieza de la Casa Blanca y que justo él limpia el Salón Oval todos los días. Luego nos propone que escribamos una carta al Presidente con respecto a nuestra necesidad y que él se la entregará a su amigo para que la coloque en el escritorio del Presidente. Si eso sucediera, ¿diríamos?: “Está bien, pero antes de escribir la carta, tienes que asegurarnos que el Presidente la leerá y concederá nuestra petición. Salvo que prometas que lo hará, no escribiremos nada”. Nunca responderíamos de este modo porque estaríamos agradecidos por el solo hecho de que se hubiera acercado a nosotros con una potencial solución cuando no teníamos ninguna.

Los no creyentes tienen la misma actitud hacia la oración. Saben que Dios posee una solución, pero no tienen su número de teléfono. Si nosotros estamos dispuestos a hacer la llamada telefónica de parte de ellos, estarán muy agradecidos, sea cual fuere el resultado, especialmente porque somos nosotros los que hacemos el esfuerzo.

Las prioridades de Dios

Además, parecería que Dios es parcial con las necesidades de los no creyentes. Como mencioné en mi libro anterior, nuestra mayor sorpresa en Resistencia, Argentina, fue lo rápida e inesperadamente que Dios respondió las oraciones a favor de los perdidos. Algunas veces sus respuestas nos dejaban desconcertados. Una congregación local estaba orando por uno de sus miembros que tenía cáncer terminal.

A la vez, la iglesia oraba por un no creyente que estaba muriendo de la misma enfermedad. El cristiano falleció y el no creyente se sanó. Una persona de esa congregación se había disgustado mucho, diciendo que era injusto y pidiéndole a Dios una explicación. El Señor le respondió: “Déjame explicártelo. El creyente que falleció está aquí

conmigo en el cielo; pero si el no creyente hubiera fallecido, estaría ahora en el infierno”. Evidentemente, Dios tiene claras sus prioridades. ¡Limitémoslo!

Acercamiento seguro

Una vez que hemos completado los primeros tres pasos (bendición, comunión y cuidado de sus necesidades) guiar a nuestros vecinos al Señor resulta tan fácil como pescar una ballena en una piscina. No podemos errar porque les hemos dado paz, que es la mayor carencia que tienen los que no creen; les hemos brindado la comunión más protectora y sanadora que jamás hayan disfrutado; y hemos ofrecido oraciones por necesidades muy profundas que tenían y para las que no contaban con solución alguna. Ahora resultará muy natural que pregunten, “Dime, ¿quién es este Dios que me ama?” Se sentirán seguros al acercarse a nosotros porque ha habido una mejoría paulatina en el clima espiritual de la relación mientras avanzábamos desde el primer paso hasta el cuarto.

Aprenderemos más acerca del cambio de clima espiritual en el próximo capítulo. Mientras tanto, reveamos los cuatro pasos que Jesús nos definió en Lucas 10 y la progresión de cada uno hacia el siguiente:

1. El *bendecir* abre la puerta a la comunión imparcial.
2. La *comunión* establece un nivel de confianza, permitiendo que nuestros vecinos nos cuenten acerca de sus necesidades profundas.
3. La *oración* se ocupa de sus necesidades profundas.
4. Cuando intercedemos por nuestros vecinos, *el reino de Dios se acerca a ellos* de una manera tangible: “Y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios” (Lucas 10:9).

Es necesario destacar que no los traemos a ellos al Reino; les llevamos el Reino.

Llevar el Reino a los perdidos es como conducir por el desierto en un camión con aire acondicionado cargado con bebidas frías. Si vemos a algún caminante cansado en el solitario camino de un agobiante día de verano, y nos acercamos a él, no tendremos que rogarle que se suba al vehículo con nosotros. ¡Solamente será preciso que nos acerquemos y abramos la puerta!

¿Por qué logramos tan poco en cuanto a alcanzar a los perdidos?

En Juan 14:12, Jesús nos dice que si creemos en Él, haremos mayores obras que las que Él hizo cuando estaba en la tierra. Este es un pasaje clave ya que provee respuesta a una pregunta muy difícil: ¿Por qué la iglesia hoy logra cumplir tan escasamente la Gran Comisión, si la comparamos con la labor de la iglesia primitiva?

La iglesia primitiva fue capaz de llenar la ciudad de Jerusalén entera con las enseñanzas de Jesús en tan solo unas semanas (véase Hechos 5:28). Esa no debió haber sido tarea fácil ya que se trataba

de la ciudad en la que Jesús había sido colgado públicamente como un criminal y donde rumores hábilmente orquestados y sostenidos por los agentes del poder religioso habían desacreditado su resurrección. Sin embargo, se alcanzó Jerusalén y pronto el evangelio se extendió hacia toda Judea, Samaria y aun más allá hasta que *“todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús”* (Hechos 19:10).

Aun más, Pablo saturó con el evangelio una región mayor (desde Jerusalén hasta Ilírico, al otro lado del Mar Adriático de la actual Italia) tan es así que tuvo que alejarse a regiones nuevas y más distantes, tales como España, porque se había determinado no evangelizar donde Cristo ya había sido proclamado (véase Romanos 15:19-23). Consideremos por un momento la implicancia de esta afirmación. Esto significa que desde Jerusalén, en el Medio Oriente, hasta el sur de Europa, *no existía un solo lugar en el que Cristo no hubiese sido proclamado*.

Por otra parte, esta extraordinaria expansión de la fe ocurrió en un tiempo relativamente corto mientras enfrentaban feroz y brutal persecución y sin contar con la abundancia de recursos de los que hoy disponemos. Es más, la historia nos cuenta que al comienzo del siglo cuarto, los cristianos habían “conquistado” al poderoso imperio que había tenido tanto placer en perseguirlos. ¿Cómo sucedió esto? La iglesia primitiva sabía algo que nosotros aún no hemos aprendido: *Ellos podían hacer mayores obras que Jesús*.

El mandamiento de hacer mayores obras

¿Cómo es posible que hagamos mayores obras que las que ha hecho el Hijo de Dios? Muchos comentarios bíblicos guardan silencio respecto a este tema o lo tratan de un modo evasivo. Otros intentan evitar el asunto diciendo que aunque nunca podremos superar la *calidad* de las obras de Jesús, seremos capaces, por cierto, de sobrepasarlas en *cantidad*. Después de todo, Jesús predicó públicamente por tan solo tres años, y nunca se dirigió a más de unos pocos miles a la vez. Billy Graham y otros han conducido ministerios internacionales que abarcan décadas, a veces predicando a cientos de miles en una sola reunión. Jesús nunca viajó muy lejos de Galilea durante su ministerio, mientras que desde entonces muchos creyentes han llevado el evangelio a las naciones del mundo, y de esta manera han hecho algo mayor que lo que hizo Jesús. Estas son muy lindas sugerencias, pero constituyen una horrible interpretación hermenéutica porque no tienen nada que ver con lo que realmente dice el texto:

De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré. *Si me amáis, guardad mis mandamientos* (Juan 14:12-15, énfasis del autor).

Jesús afirma que todos los que creen en Él deberían hacer las mismas obras que Él hizo. Y ahora que Jesús ha sido glorificado, estas obras fueron elevadas de categoría hasta llegar a ser mayores obras. Este punto es indiscutible. Es una promesa que depende de una condición: creer en Jesús. Si creemos en Jesús, no solamente tenemos el derecho de hacer mayores obras que las que Él hizo; tenemos el *mandamiento* de llevarlas a cabo.

¿Cuáles son las mayores obras que nos manda a realizar? Sus propias palabras sugieren que tienen que ver con la oración: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (v. 13). No obstante, no está hablando de la oración en general, sino de una manera específica de oración: una oración dirigida a las necesidades de los perdidos. ¿Cómo arribo a esta conclusión? La clave está en la palabra “glorificado”. Jesús dice que hará todo aquello que pidamos en su nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Entonces, los que no creen llegarán al Padre a través de Jesús una vez que se hayan convencido de su divinidad por medio de un milagro.

Felipe: Prototipo del hombre actual

Para entenderlo mejor, es preciso volver unos momentos atrás en esta misma conversación, cuando Jesús les dice a sus discípulos, “creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1). En otras palabras, “Crean también que Yo soy Dios”. A esa altura los discípulos probablemente ya se encontraban asombrados, pero Jesús prosigue haciendo otra aseveración asombrosa sin precedente alguno: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (véanse los vv. 2 y 3).

Esta es una promesa extraordinaria porque hasta ese momento (de acuerdo a lo registrado en la Biblia) a los hombres mortales, pecadores, nunca se les había asegurado tan abierta y claramente que irían al cielo. Cuando Tomás pregunta cómo se puede llegar a este maravilloso lugar, Jesús declara, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida, nadie viene al Padre, sino por mí” (v. 6).

Luego Jesús consuela a sus discípulos asegurándoles que como lo han conocido a Él, han conocido a Dios. Ahora Felipe mete la cuchara para decir: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” (v. 8). Es probable que Felipe fuera una persona vergonzosa. Digo esto porque las personas vergonzosas suelen tener diplomacia; son capaces de decir algo negativo de manera tal que parece positivo. Felipe aquí esboza algo que, en la superficie aparenta ser cortés y humilde, cuando en realidad resulta descortés y negativo: “Señor, si tú me muestras al Padre, eso me basta”. Pero Jesús ve más allá del revestimiento exterior del comentario, y descubre el núcleo de incredulidad que subyace en los dichos de Felipe. Es por esto que lo confronta con la pregunta: “¿Por qué no me crees cuando te digo que el que me ha visto a mí ha visto al Padre? (véanse vv. 9 y 10). Consciente de que Felipe no

cree en su divinidad, Jesús le dice algo como: “Si no crees en mí por mis palabras, cree en mí por mis obras. Deja que mis milagros te demuestren que Yo Soy el que digo ser” (véase v. 11).

Felipe creía en Dios y quería ir a un mejor lugar (la casa del Padre) cuando muriese. Hoy en día, la gran mayoría de la población asegura creer en Dios y estarían felices de ir a un mejor lugar al morir; pero como Felipe, la mayoría de ellos no creen que Jesús es el único camino al Padre. Es por eso que este pasaje amerita atención y estudio profundo. Si comprendemos la forma en la que Jesús se ocupó de este tema que afecta a tantas personas en este tiempo, tendremos la clave para alcanzar a nuestras ciudades para Cristo.

Lo que Jesús le está enseñando a Felipe es que está bien ver para creer. Jesús sabe que Felipe, una vez que se convenza hará “las obras que Él hace” y “aún mayores” (milagros logrados por medio de la oración) para convencer a otros que, de la misma manera, no creen que Jesús es Dios ni el camino a Dios (v. 12).

Este pasaje es extraordinario porque presenta a la oración y el evangelismo como componentes totalmente integrados de una misma ecuación. Tradicionalmente, la iglesia ha utilizado la oración como base del evangelismo. Hemos orado por los perdidos para que, al ser evangelizados, escuchen y de acuerdo a nuestra expectativa, reciban a Jesús. En este pasaje sin embargo, Jesús presenta a la oración como evangelismo. La oración se convierte en evangelismo cuando se utiliza para abrir los ojos de los no creyentes a la divinidad de Jesús. Con ese fin, utilizó a una persona como Felipe, que no creía que Jesús era Dios, para mostrarnos cómo traspasar esta barrera de incredulidad generalizada. La clave es orar por milagros que respondan a las necesidades de las personas que no creen.

Ejercicio práctico

Verifiquemos este principio de evangelismo de oración en una situación hipotética.

Imaginémonos que estamos parados en la puerta de entrada de nuestra casa. Ahora, contemos cinco casas de vecinos hacia la derecha, cinco hacia la izquierda y otras cinco delante o detrás de nuestra casa. Si alguien vive en un edificio de departamentos, puede identificar cinco familias a su derecha y cinco a su izquierda y otras cinco en los pisos superiores o inferiores. Por lo general habremos señalado a un grupo de familias que comprende aproximadamente cien personas.

Ahora enfoquémonos en la más necesitada de estas familias e identifiquemos a su miembro más vulnerable. Es muy probable que demos con alguien que está en depresión, que tiene una enfermedad terminal, que está permanentemente en bancarrota o que se encuentra atrapado en vicios que lo están destruyendo. Ahora imaginemos a esa persona en medio de una gran crisis en la que todo se le viene encima provocándole gran desesperación. Figurémonos que nos acercamos a esa persona y le decimos: “Por favor, no te preocupes. Estoy orando por ti en el nombre de Jesús para que Dios intervenga a favor tuyo”. Asombrada, esa persona podría decirnos: “Oh, no pierdas tu tiempo porque yo no creo en la oración”, a lo que responderíamos: “No te

preocupes. No importa si crees en la oración o no ya que tú no serás el que ore. Yo pediré por ti, y yo sí creo en la oración”. La persona podría contestar: “Tampoco creo en Jesús”. Entonces podríamos responder: “No te preocupes. Con el tiempo, creerás”.

A esta altura, se podría decir que le estamos haciendo a nuestro vecino un ofrecimiento imposible de rechazar, una oferta similar a la que Jesús le hizo a Felipe: “Si no crees en mí por mis palabras, cree en mí por mis obras”. Ahora imaginemos que después que hemos orado por un milagro, ¡el milagro realmente ocurre! La casa que el banco iba a ejecutar, resulta rescatada milagrosamente gracias a una serie de acontecimientos, un mejor empleo reemplaza al que se perdió, o una persona enferma recibe sanidad. ¿No creemos que esa persona de pronto estará interesada en conocer quién es Jesús? ¡Absolutamente!

Quédate con la estrategia ganadora

La mayoría de nosotros, si no todos, llegamos al Señor como resultado de las oraciones de alguna persona. ¿Por qué, entonces, descartamos esta estrategia ganadora cuando somos formados doctrinal y teológicamente? Si vamos a cumplir la Gran Comisión en nuestra generación, debemos encontrar una mejor manera de alcanzar a los perdidos. El evangelismo de oración significa hacer mayores obras que las que hizo Jesús. Es estimulante, edificante y emocionante, y este método logra mucho más que cualquier otro, como pronto veremos.

La iglesia nunca antes ha contado con tanto dinero, entrenamiento y miembros como los que hoy tiene; sin embargo, en proporción a esos recursos, nunca ha logrado tan pocos resultados en cuanto a alcanzar a los perdidos. ¿Por qué? Porque hemos estado muy ocupados haciendo *menores* obras en vez de *mayores* obras que las que hizo Jesús.

Imaginemos que dos aviones sobrevuelan en círculo nuestra ciudad, y que cada uno lleva una gran suma de dinero en su bodega. Uno de los aviones lleva un millón de dólares en peniques americanos, o monedas de un centavo. El otro avión porta el mismo monto de dinero en billetes de cien. Ambos aviones dejan caer su cargamento sobre la ciudad, y los dos millones de dólares quedan diseminados por la tierra. Inmediatamente organizamos dos equipos para ver cuál es el primero en recolectar un millón de dólares. Sin embargo, el equipo A limita sus esfuerzos a recoger solo peniques, mientras que el equipo B sale a juntar billetes de cien.

¿Cuál de los equipos será el más ruidoso, el que utilizará más espacio, se frustrará y acabará escribiendo libros explicando por qué no se puede hacer? El equipo A, ¿no es cierto? Sí. Porque deben encontrar cien millones de peniques para alcanzar el objetivo. El equipo B, por otra parte, solo debe hallar diez mil billetes de cien para completar la tarea.

La iglesia tiene que cambiar de estrategia. Debemos aprender a hacer mayores obras que las que hizo Jesús. Y hacer esas obras significa orar por las necesidades de los que no creen y esperar por los milagros

que les demostrarán que Jesús es el Hijo de Dios.

Un método para alcanzar ciudades

El apóstol Pablo también enseña con respecto al evangelismo de oración en 1 Timoteo 2:1-8, en donde nos amonesta a orar por todos en todo lugar. No obstante, para comprender acabadamente lo que Pablo está diciendo, es preciso observar el contexto establecido en el versículo 15 del capítulo anterior.

Cuando leemos nuestras Biblias, es fácil que presupongamos que las divisiones de los capítulos provienen de inspiración divina. Sin embargo no es así. Salvo los Salmos que fueron recopilados de ese modo, el Espíritu Santo no dividió ninguno de los libros en capítulos. La inserción de los cortes de capítulo fue realizada por hombres y, lamentablemente, a menudo resulta engañosa. Es por esto que con frecuencia se piensa que 1 Timoteo 2:1-8 contiene instrucciones sobre cómo conducir reuniones de oración privadas. Sin embargo, si ignoramos la división de capítulos y comenzamos a leer desde el capítulo 1, versículo 15, tendremos una visión diferente y mucho más emocionante de este pasaje.

Pablo escribe, “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos; que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1:15). Pablo está diciendo: “Timoteo, esta aseveración es tan confiable que puedes tener por seguro que una vez que se expongan a ella, todas las personas de tu ciudad van a aceptarla”. No está diciendo que todos aceptarán a Jesús, sino que todos aceptarán la verdad de que Él vino a salvar a los pecadores. Pablo habla de los perdidos en la ciudad de Timoteo, y utiliza esta aseveración como prefacio para introducir un método para alcanzar a todos.

A menudo no logramos ver la naturaleza evangelística y el enfoque de la enseñanza de Pablo porque él, movido por el entendimiento de que es el primero de los pecadores (véase v. 16), toma un desvío de alabanza: “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (1 Timoteo 1:17). Desafortunadamente algunos editores de la Biblia ven la palabra “amén” y equivocadamente concluyen que esta provee un corte natural al texto. Como resultado, muchas Biblias incluyen un subtítulo antes del próximo versículo, y nos dejan con la impresión de que Pablo cambia de tema. Esto no es así.

En el versículo 18, Pablo le indica a Timoteo que guarde cierto mandamiento para que pueda pelear la buena batalla. ¿Cuál es la buena batalla? La buena batalla, en este contexto, no está relacionada tanto con el crecimiento personal sino, más bien, con la lucha por abrir los ojos de los perdidos al hecho de que Jesús vino al mundo para salvarlos. Pablo está hablando aquí respecto a una estrategia para alcanzar a los perdidos; le está explicando a Timoteo cómo alcanzar una ciudad o una región para Cristo.

¿Cuál es el mandamiento?

Para equipar a Timoteo para esta tarea Pablo le da un mandamiento:

“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que... milites... la buena milicia” (v. 18). Cuando leemos esto inmediatamente comenzamos a buscar el mandamiento. Desafortunadamente, nos equivocamos al concluir que el mandamiento puede encontrarse en uno de esos dos versículos, dado que el capítulo 1 está llegando a su fin. Descartamos el versículo 20 porque se refiere a Himeneo y Alejandro, que obviamente habían desobedecido el mandamiento. De manera que miramos el versículo 19: “Manteniendo la fe y buena conciencia”. Este es el mandamiento, ¿verdad? ¿Tener una buena conciencia que nos permita almacenar fe, porque si tenemos fe nada nos será imposible?

No, Pablo no dice: “*Mantén* la fe y *mantén* una buena conciencia”, que sería la modalidad indicada para dar un mandamiento. En lugar de esto, Pablo utiliza la forma verbal “manteniendo”. Nunca les decimos a nuestros hijos, “*Yendo* a la cama, *haciendo* la tarea y siendo bueno con tu hermano”. ¡No! Les decimos: “Ve a la cama ya mismo”, “*haz* tu tarea de inmediato”, o “sé bueno con tu hermano o estarás en problemas”. Pablo no está impartiendo un mandamiento en el versículo 19 sino describiendo el contexto en el que debe ser obedecido el mandamiento. Está diciendo que hay que cumplir el mandamiento desde una posición de santidad, por eso la necesidad de una buena conciencia.

Para averiguar cuál es el mandamiento de Pablo, resulta necesario buscar en el siguiente capítulo.

Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres (1 Timoteo 2:1).

Las expresiones “ante todo” y “exhorto” tienen la intención de preparar la escena para enunciar algo que no debe pasarse por alto, obviamente un mandamiento. Pablo le ordena a la iglesia que ore por todos, en todo lugar. ¿Por qué? Porque Dios quiere que todos sean salvos:

Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (vv. 3, 4).

La convincente evidencia respecto a la naturaleza evangelística del pasaje que comienza en 1 Timoteo 1:15 es innegable. Pablo le señala a Timoteo que al movilizar a la iglesia para orar por todos en la ciudad, se estarán asegurando de que todos los pecadores tengan una oportunidad de conocer que Jesús vino a salvarlos. Pablo habla de una oración sistemática por los perdidos, lo que ahora llamamos evangelismo de oración.

Cambio en el clima espiritual

El mandamiento de Pablo también contiene una promesa:

Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quietos y reposadamente en toda piedad y honestidad (1 Timoteo 2:1-2).

El apóstol indica que si oramos por todos, incluyendo aquellos que están en autoridad, veremos una mejoría radical en el clima espiritual que nos rodea; podremos vivir tranquilos y en toda piedad. Ahora bien, no hay manera alguna de que la piedad pueda incrementarse en nuestras ciudades si no decrece la impiedad. No hay manera de que podamos vivir quietos y reposadamente si no hacemos nuestro trabajo y ganamos la buena batalla.

Pablo confirma que la clave para alcanzar a los perdidos es proveerles pruebas tangibles de que Jesús vino a salvarlos al responder a sus necesidades a través de la oración, una oración que es evangelismo.

Texto sin contexto es solo pretexto

Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28:19).

Alcanzar a regiones enteras se hace factible cuando examinamos nuevamente la Gran Comisión a través de la lente del evangelismo de oración.

Observemos más de cerca lo que nos dice Mateo 28:19. Vemos aquí el mandamiento de ir a todas las naciones para predicar el evangelio a toda persona, bautizándolos y enseñándoles todo lo que Jesús nos enseñó a nosotros. Esto es bastante pedir. ¿Quién puede hacer esto y a la vez ocuparse de su exigente empleo secular? ¿O ser un buen padre o una buena madre, o incluso pastor, con las exigencias de tiempo que cada uno de estos roles involucra? Vez tras vez, nos encontramos divididos entre la necesidad de ser testigos en el lugar en el que estamos plantados y el mandamiento de ir a otro lugar para alcanzar a los extraviados. La cruda realidad es que después de casi dos mil años de intentarlo, no hemos logrado cumplir la tarea, ya que quizás la mitad de la población mundial todavía necesita escuchar que Jesús vino a salvarnos a todos.

Lo que es peor, una gran cantidad de los que aún deben ser alcanzados vive en nuestras mismas ciudades, (unos cuantos de ellos viven, incluso, en nuestros propios barrios) y no se observa ninguna señal de que vayan a ser alcanzados en un plazo inmediato. ¡Qué tragedia! ¿Por qué hemos fallado tanto? La razón es que hemos tomado a Mateo 28:19, el versículo que consideramos como el centro mismo de la Gran Comisión, fuera de contexto, y al hacerlo, hemos desarrollado una mitología fallida.

Un texto sin su contexto se convierte en pretexto. Cuando analizamos este versículo aislado de su contexto, el peso de cumplir la Gran Comisión recae directamente sobre nuestros hombros. La

comprensión tradicional de este texto es que somos nosotros los que debemos ir y evangelizar, enseñar y bautizar a todos. Este es un peso abrumador.

Ahora miremos este pasaje en su contexto agregando los dos versículos, el anterior y el posterior:

Y Jesús se acercó y les habló diciendo: *Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí *yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*” (Mateo 28:18-20, énfasis del autor).

Ahora tenemos dos poderosos componentes: Primero, Jesús tiene autoridad en todo lugar, en el cielo y en la tierra. Esto significa que no existe ningún problema del que Él no pueda ocuparse ni una sola necesidad que Él no sea capaz de suplir. Segundo, Él está con nosotros todo el tiempo. Si reemplazamos “id” por “yendo”, como aparece en el griego original, notaremos un drástico cambio en cuanto a la responsabilidad que nos compete. Ahora el peso ya no está más sobre nuestros hombros sino que descansa sobre los incomparables y fuertes hombros de Jesús. Lo que Jesús está diciendo es: “Mientras atiendes tu vida diaria, te irás encontrando con personas que tienen necesidades. Solamente recuerda dos cosas: Yo puedo cuidarlos, y yo estoy aquí al lado tuyo”. ¿Cómo logramos que Él cubra tus necesidades? “Si algo pidieres en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:14). Él nos dice: “No solamente debes hablar de mí. Preséntame a los perdidos mostrándoles mis maravillas”.

Jesús no es solo un mensaje para predicar; Él es un Salvador proactivo. Está dispuesto a demostrarles a los perdidos que Él vino al mundo para salvar a los pecadores realizando milagros cuando más lo necesitan. Este es el corazón del evangelismo de oración y, si es correctamente implementado, es capaz de lograr mucho más que atraer a unos pocos vecinos al Señor. El evangelismo de oración puede cambiar el clima espiritual sobre ciudades y regiones enteras.